

Poemas y relatos en tiempos de pandemia

Hernán Eleuterio Heras Luna • Gladys Lucía Lascano Acosta • José Modesto Mackliff
Valdez • Silvia Margoth Moya Cueva • Patricia Elizabeth Naveda Suárez • Aura Nohemí
Narváez Ortiz • Verónica Maritza Ortega Carvajal • Valentina Abigail Salazar Ortega
• Janeth Bélgica Toquetón Barrezueta • Marco Vargas Zúñiga

Poemas y relatos en tiempos de pandemia

© Hernán Eleuterio Heras Luna • Gladys Lucía Lascano Acosta • José Modesto Mackliff Valdez
• Silvia Margoth Moya Cueva • Patricia Elizabeth Naveda Suárez • Aura Nohemí Narváez Ortiz
• Verónica Maritza Ortega Carvajal • Valentina Abigaíl Salazar Ortega • Janeth Bélgica Toquetón Barzuetza • Marco Vargas Zúñiga

Carlos Garcés Espinoza
DIRECTOR PROVINCIAL
CCE NÚCLEO PASTAZA

Juan Carlos Haro
COORDINADOR EDITORIAL
CCE NÚCLEO PASTAZA

Hernán Heras Luna
PRESIDENTE
ASOCIACIÓN DE ESCRITORES DE PASTAZA

EDICIÓN Y DISEÑO:
Dirección de Publicaciones y Editorial CCE

DISEÑO DE PORTADA:
Diana Vásquez

Primera edición
ISBN: 978-9942-34-100-6

Con el apoyo de:



IMPRESIÓN:
Fondo Editorial CCE

Casa de la Cultura Ecuatoriana 'Benjamín Carrión' Núcleo de Pastaza
Calle Simón Bolívar Nro. 18 y 27 de Febrero
Telfs.: 032 889002, 032 883097
nucleo.pastaza@casadelacultura.gob.ec



Poemas y relatos en tiempos de pandemia

Hernán Eleuterio Heras Luna • Gladys Lucía Lascano Acosta • José Modesto Mackliff Valdez
• Silvia Margoth Moya Cueva • Patricia Elizabeth Naveda Suárez • Aura Nohemí Narváez
Ortiz • Verónica Maritza Ortega Carvajal • Valentina Abigail Salazar Ortega • Janeth Bélgica
Toquetón Barrezueta • Marco Vargas Zúñiga

Presentación

Publicar un libro de poesías y relatos en la editorial de la Casa Matriz era la oportunidad que nos ofreció Carlos Garcés, director del Núcleo de Pastaza, a la Asociación de Escritores de esta provincia. Tras reunirnos con algunos compañeros escritores, especialmente quienes asistieron a los talleres que culminaron con la *Primera antología poética de Pastaza*, auspiciada por el Gobierno Municipal del cantón Pastaza, se puso en marcha la edición de un libro que recogiera el sentir de lo que fue la pandemia.

Muchos se animaron y con entusiasmo comenzaron a enviar sus escritos, agradezco a todos por su buena voluntad, a quienes después se unieron más compañeros, con el anhelo de cumplir el sueño de ver plasmadas sus piezas literarias en una edición de la Casa de la Cultura Ecuatoriana.

Algunos teníamos temas escritos quizá desde hace tiempo; otros eran recientes, o inspirados en la pandemia del coronavirus que arrasó por el mundo con gran parte de la humanidad.

«La vida le ganó a la parca/ la vida le ganó al virus / la vida le ganó al dolor/ gracias por este día más», decía Gladys Lascano, una compañera escritora que de la mano de Dios y de sus familiares y amigos, regresó de la sala de cuidados intensivos. Como Gladys, algunas personas regresaron de la UCI; otras no lo lograron. La pandemia del covid cobró la vida de seis millones de personas en el mundo, 35.418 en Ecuador y en la provincia de Pastaza 87, entre ellos el compañero Marco Domínguez, secretario de la Asociación de Escritores.

Los demás seguíamos escribiendo y compartiendo los escritos en los talleres literarios, escritos que hoy recogemos en este libro.

Hernán Heras Luna
Presidente
Asociación de Escritores de Pastaza

I

La pandemia, confinamiento, dolor y tristeza

*Nadie es una isla; completo en sí mismo,
cada hombre es un pedazo del continente, una parte de la masa.
Si el mar se lleva un terrón, toda Europa queda disminuida,
como si fuera un promontorio, o la casa señorial de uno de tus amigos,
o la tuya propia. La muerte de cualquier hombre me disminuye
porque estoy ligado a la humanidad; por consiguiente,
nunca hagas preguntar por quién doblan las campanas: doblan por ti.*

John Donne

La pandemia

En esta crisis de salud, de confinamiento, dolor y tristeza que embarga a la humanidad por el apareamiento del coronavirus, escribir algo desde la Asociación de Escritores de Pastaza fue un reto que hoy culmina con la edición de este libro. No podría expresar más que el sentimiento de ánimo y esperanza, aun en medio del temor, la oscuridad y la incertidumbre, después de ese tiempo oscuro que nos afligió a todos.

Quisiera encontrar las palabras exactas para llegar con un abrazo solidario a quienes han perdido a sus familiares y amigos; a quienes se contagiaron y batallaron para recuperar la salud; a los médicos y enfermeras, así como a policías, militares y personal de apoyo.

Quisiera valorar las acciones solidarias de personas y organizaciones oficiales y privadas que buscaron atender a los más pobres, movidos por el amor al prójimo, sin pretender rédito alguno. Esas son lecciones que todos debemos aprender y practicar, especialmente quienes ocupan cargos importantes.

El tiempo de ostracismo en que la humanidad se vio forzada a permanecer en casa fue la oportunidad para recuperar la convivencia familiar, las buenas relaciones, el perdón y la reconciliación, ¡la riqueza de la unidad de la familia! Fue, quizá, la mejor forma de hacer resiliencia y salir victoriosos de las circunstancias tan adversas que enfrentó la población mundial tras el confinamiento. Un tiempo de destierro para evitar los contagios. ¡No faltó por nosotros! Y como el calendario marcaba la fecha de Semana Santa del 2020, fue un tiempo de interiorización, de asimilar profundamente los pensamientos y las creencias, de encontrar los momentos y espacios para la meditación y la oración; la búsqueda del Absoluto, donde se encuentra la fuente del mayor consuelo, como dice el Salmo 23: «Aunque fuera por valle tenebroso, ningún mal temería, pues tú vienes conmigo; tu vara y tu cayado me sosiegas».

Hoy el planeta está recuperándose de las heridas ambientales, al término de esta crisis, también los seres humanos seamos capaces de reinventar las utopías en torno del bien común, dejando atrás aquellos sistemas políticos y económicos inhumanos, seamos capaces de abrir los caminos para un mundo renovado y fraterno.

Este libro recoge de aquel tiempo ese sentir de resiliencia, esa resiliencia que nos dio el impulso para encontrar el camino en busca de un nuevo amanecer.

Hernán Heras Luna
Presidente
Asociación de Escritores de Pastaza

Regresaron

Hernán Heras Luna

Son pocos los que lograron regresar de la Unidad de Cuidados Intensivos del hospital, la terrible sala UCI. Héroes que dieron todo de sí para luchar en medio de la angustia de no poder respirar porque les faltaba el aire. Pero, sobre todo, personas de fe que se pusieron en manos del Creador, esperando su voluntad y confiando en su misericordia. Este estado de ánimo evitó que cayeran en pánico y fueran presa del virus letal.

Médicos y sicólogos, especialistas y tratantes de miles de casos de pacientes sostienen que el miedo complica a quien se contagió de covid. Los testimonios de los pacientes que se recuperaron luego de haber ingresado a la UCI y de haber estado entubados, demuestran que su actitud de serenidad y esperanza, aun en esas circunstancias, les ayudó a recuperar la respiración.

Conozco los momentos angustiosos de estar al borde de la muerte sin poder respirar, lo sentí cuando me caí de un árbol de guabas, pateado en el pecho por una rama que intentaba tumbar para coger las frutas. Caí de espaldas, quise levantarme y no pude, vi la desesperación de mi madre tratando de animarme y clamando al cielo que no muriera. Debieron pasar décimas de segundo, que para mí fueron largos minutos, también pidiendo a Dios que me permitiera ‘sacar la respiración’. Al fin un bocado de aire entró a mis pulmones y volví a vivir. No podía caminar, tenía hundido el coxis, el esternón y un par de costillas. Mi madre fue por ayuda, luego de semanas me recuperé gracias las atenciones de don José María, reconocido sobador que luego de los masajes y la rehabilitación me recetaba soplar botellas. Nunca olvidaré aquel sábado, víspera de Domingo de Ramos, que mamá me pidió que le acompañara a cortar unas palmas para bendecirlas en la misa. Ya habíamos cortado las palmas y viendo que chorreaban las guabas, trepé a aquel árbol de unos siete metros de alto que casi me mata, a no ser por el pasto maduro que amortiguó la caída. Y más que eso, la mano bondadosa de Dios que me sostuvo.

Solidaridad con los paloreños

Hernán Heras Luna

Estuve pensando en escribir una nota sobre los reclamos en las redes sociales del paciente que vino de Palora al Hospital del IESS de Puyo buscando ayuda médica, cuando me llegó el mensaje de la muerte de Sergio Palacios, paloreño fallecido a causa del coronavirus, que residía en Estados Unidos, desde hace más de dos décadas.

Sergio fue mi compañero en el Colegio Palora, él estuvo en un curso superior, pero en ese tiempo, el pueblo era tan pequeño que todos éramos amigos. Me acuerdo de sus padres, don David y la señora María, campeones para el cuarenta. Vivían frente a la Escuela y a la salida, Amalia, la hermana menor de Sergio, nos ofrecía una guayaba.

Hace unos meses chateamos por el *messenger*, me contó que era operador de una retroexcavadora, bromeamos y le invité a jugar villa cuando viniera a Ecuador. Cuando éramos muchachos, jugábamos en las villas de don Pérez. Parece que presintió algo, porque me dijo sonriendo: «Algún día iré, aunque sea en caja».

El coronavirus está arrebatando a los amigos y familiares, es la peor amenaza de este siglo, quién sabe y hasta puede llevarse nuestra propia vida. Pero no nos puede hacer olvidar los valores fundamentales que tenemos: la solidaridad, el amor al prójimo, la compasión con los que sufren, el apoyo mutuo; que somos parte del todo de esa especie considerada 'superior' que hasta ahora habita el planeta, llamada humanidad.

Eso sí, no podemos descuidarnos de las medidas de seguridad, sobre todo quedarse en casa para evitar el contagio. Creo también que es importante vivir estos momentos cruciales con una actitud serena y de confianza en Dios Todopoderoso, porque esta vida mortal nunca ha dependido de nosotros. Mejor decir, como Charles de Foucauld: «Padre, me pongo en tus manos, haz de mí lo que quieras...».

Vi en las redes sociales mensajes xenófobos en contra de los paloreños. El pánico, la preocupación por nuestros hijos, padres, hermanos, abuelos, amigos nos puede segar y no podemos centrarnos solo en nosotros, olvidándonos de los demás.

Nos olvidamos de la relación íntima de Puyo con Palora y viceversa, y eso lo saben más los comerciantes, que tienen grandes clientes del vecino cantón. Muchos paloreños tienen propiedades en Puyo, sus hijos estudian en los colegios y universidades de acá, profesionales de Pastaza trabajan en las instituciones y plantaciones de Pitajaya de allá.

El poeta John Donne dijo: «Nadie es una isla, completo en sí mismo; cada hombre es un pedazo del continente, una parte de la masa. Si el mar se lleva un terrón, toda Europa queda disminuida, como si fuera un promontorio, o la casa señorial de uno de tus amigos, o la tuya propia. La muerte de cualquier hombre me disminuye porque estoy ligado a la humanidad; por consiguiente, nunca hagas preguntar por quién doblan las campanas: doblan por ti».

Hasta siempre, querido amigo

Hernán Heras Luna

Con dolor hemos recibido la noticia: «Ha fallecido don Luis Constante, luchó con todas sus fuerzas, y al final, pudo más el llamado de Padre celestial». Lo conocimos como un luchador incansable, y ese fue el signo que marcó su vida.

Fue el pionero de la comunicación de radio y televisión en Pastaza y la Amazonía, y dejó un legado histórico para la sociedad con la corporación Radio MIA Sonovisión. Saboreó el éxito de la vida profesional como técnico de la electrónica y como periodista, y triunfó en los negocios no solo de la comunicación. Pero no le fue fácil, sobre todo en los últimos años que debía someterse a tratamientos de diálisis a consecuencia de un terrible accidente de tránsito.

Nunca dejó de sonreír y mirar la vida con optimismo. Siempre mostraba amabilidad y don de gentes. La última vez que saludamos en la calle Atahualpa me dijo: «Me alegro de que esté bien, mi querido Hernán, cuidese», alertándome del peligro del coronavirus. Tuve la suerte de trabajar con él y, más aún, ser su amigo y compañero en la carrera de Comunicación Social en el proyecto que aplicó la Universidad Politécnica Salesiana en la Amazonía. Hicimos la tesis en equipo con don Luis y don Roberto Chávez, también amigo y compañero que pronto se nos adelantó. Compartimos largas jornadas de investigación y estudio, siempre con buen humor y alegría, especialmente los fines de semana que teníamos clases en Quito.

Don Luis también dejó su aporte en destacadas instituciones y organizaciones como la Cruz Roja Ecuatoriana de Pastaza, la Cámara de Comercio, AER-Filial Pastaza, en las que fue su presidente, y fue también directivo solícito del Colegio de Periodistas.

Siempre tuvo la mano abierta para la obra social y campañas solidarias con sus medios de comunicación. Sabía cómo conservar la serenidad y prudencia ante los conflictos que surgían en la actividad informativa: «Nos no hagamos mala sangre, busquemos la solución», solía decir a sus colaboradores.

Que Dios le tenga en su Reino y les dé consuelo a todos su familiares y amigos. Luis Antonio Constante Navas ya es un nombre que brilla en la historia de Pastaza.

Brilla un nuevo día

Gladys Lascano Acosta

El sol en su esplendor brilla sonriéndome,
al fin salgo de esta pesadilla
donde jugaron mi vida y mi muerte
poniéndome a su disposición.

El sol me enceguece, pero el color brilla más.
La gracia del verdor refulge en el campo
con las bellas flores que semejan brillantes perlas
y las bellas mariposas como arcoíris multicolor.

La vida le ganó a la parca,
la vida le ganó al virus,
la vida le ganó al dolor,
gracias por este día más.

Atrás quedará la fría habitación del hospital,
mi tristeza, mi temor y el dolor que me embargaba,
aliviará mi corazón el amor que me espera,
es mi nido que ramita en ramita lo formé
y se llama HOGAR. Mi bendito hogar.

Pandemia covid-19

José Mackliff

Nació en un laboratorio, en un pueblo de China llamado Wuhan. Con síntomas respiratorios, no declina, al contrario, es una bomba invisible al humano en su retina, países del mundo en contagio, rápido entran en cuarentena.

Llega a Europa y Latinoamérica, y muchos médicos en acción trabajando con y sin información, ellos con poca protección.

Ante una pandemia que suma muchos muertos en cada nación, este peligroso enemigo para la humanidad ya es una maldición.

Si en cada país sus pueblos, su gente, tenían que estar escondidos porque era el llamado y la disposición para no sentirnos perdidos, todo esto que acontecía en la noche y en el día parecía imposible ante este diminuto enemigo, que no se lo ve por ser invisible.

En todas las naciones había medidas enérgicas, muy fuertes. Por qué tantos contagiados con miedo a tantas muertes, con enfermos que llegan a hospitales, o también al cementerio, este virus tan silencioso que no te deja respirar, esto es muy serio.

Porque no respeta a nadie, sea mujer, niño, adulto, peor anciano; negocio en los hospitales sin medicina, el oxígeno para el humano; escasean fundas de cadáveres, y al respirar una angustiada muerte cuando nos quitan el aire; en temperaturas altas muere el virus, suerte.

Suerte para aquellos que se salvaron, porque los muertos fueron por miles dando un cuadro de pena, tristeza y mucho dolor. Y son como misiles disparados a los más pobres, fueron mayoría para quedar en el panteón sin piedad alguna, en fundas, y de no creer, hasta en cajas de cartón.

Con honor, tributo y pleitesía, a los médicos ofrendaron su vida con valentía
dentro y fuera de los hospitales, no importaba la noche o el frío del día;
el país envuelto en tanta deuda, a fiar vacunas, pero siempre gana la banca
cuando figuran los políticos, que decían héroes de mandil o capa blanca.

Algo inédito en un gran hotel de Puyo, en pandemia gratis dio hospedaje,
fue como una gran ayuda para los médicos, en su labor un real homenaje;
recordar que estaba prohibido salir de su casa y había control en la calle,
había mucha desesperación en familiares, buscando la medicina que no falle.

FIRMA

*Que ha desnudado la realidad // del pobre y el rico la verdad //
en todos los países del mundo // cuando el sufrir es muy profundo.*

Quién inventó el llamado virus.

*Y por qué el culpable no está preso // con este gran negocio mundial //
medicinas y oxígeno nacional // llegan las vacunas de muchas //
casas comerciales del mundo // donde los países todos pedían // poderla fabricar.*

*La vida de los más // pobres, negocio para los ricos, // con miles de muertos inocentes //
y con mucha corrupción en todas // las esferas sociales.*

Duelo en tiempos de covid

Verónica Ortega

Cierto día cuando las cosas parecían ir mejor para la vida de muchos, sin motivo aparente, en un país lejano un virus amenazaba a la población, todos lo veíamos en la televisión o las redes sociales. Difícil que a este país llegue, se decía, pronto detendrán su propagación se creía, mas nada pudo evitar que ese virus letal a cada nación llene de miedo. La población mundial tembló, muchos morían en las calles, miles desde sus balcones miraban cómo camiones pasaban llenos de ataúdes...

Las fronteras se cerraron, de las casas estaba prohibido salir, el mundo real se convirtió en una película de ficción. El virus sacó lo peor de mucha gente ante el temor de una muerte que llegaba inminente.

Así los días pasaban y todo fue escrito. Mas les contaré una historia...

En un rinconcito del planeta vivía una mujer valiente, una mujer que no aparentaba su edad, con una salud de roble, salud que se deterioró en cuestión de días, cuando descubrió que el virus podía llegar a sus hijos.

Su valentía pareció esfumarse y su corazón empezó a latir muy despacito, tanto que poquito a poquito se iba apagando. En momentos en los que llegar al hospital era una travesía, pues transporte no había, un ángel apareció, uno de esos que Dios envía cuando de verdad lo necesitas, un ángel con bata de doctor, que hasta la cama de esa mujer valiente llegó. La miró, la examinó y de inmediato en su auto al hospital la llevó; mas un marcapasos le urgía en época de covid, cuando el temor a morir al ser contagiados era fatal.

Los hijos tenían miedo de ir al hospital, dos de ellos, en un principio, le acompañaron; su nieta fue a relevarlos, sin miedo alguno. Ella no sentía miedo, su único temor era que su viejecita se quedara sola.

«Un marcapasos», decía el médico, un marcapasos difícil de hallar, mientras su corazón se apagaba y la fortaleza de esa valiente mujer se iba esfumando, o tal vez no, tal vez fue más fuerte que nunca. La mujer valiente quería emprender un largo viaje al encuentro con su esposo, aquel que hace dos años había muerto.

Su nieta la besó en la frente y mirándola a los ojos preguntó tan crudamente:

—¿Quieres ir a morir en tu casa?

—Sí, eso quiero —respondió.

Su nieta solo dio la vuelta para ocultar su dolor, respiró profundo y tragándose sus lágrimas, llamó a aquel ángel, a quien indagó. Sin muchas palabras él contestó:

—Si fuese mi madre, yo la llevaría a casa.

Y así lo hicieron.

Pero el dolor más fuerte llegó al día siguiente cuando en casa ella expiró. No había velorios, no había traslados, todos ensimismados en su dolor. No imaginaron cuánto su nieta sufrió; con ella varias veces habían hablado de la muerte, y una de las cosas era: «Cómo crees viejita, yo te llevaré al cementerio». Pero no pudo cumplir su ofrecimiento. No conoció su última morada, pues al cementerio no se permitía la entrada.

Y durante casi dos años esa tumba no fue visitada, como si nadie estuviese allí, como si nadie hubiese muerto...

Pero debía ir, y así lo hizo, al cementerio fue y frente a su tumba sólo pudo arrodillarse y pedir perdón, perdón por haberla dejado ir, perdón por todas las lágrimas que no derramó, perdón por no haberla acompañado hasta su última morada.

Por fin, frente a su tumba pudo llorar y enfrentarse a un duelo, que como a muchos por un virus fatal se le negó vivir.

Hasta que vuelvas

Verónica Ortega

Encerrado por la pandemia, dolorido,
en un país ajeno donde moría la vida,
recordaba aquella amarga despedida.
Hace ya veinte años que dejó su nido.

Lo amó temprano y con pasión divina
y él, precoz, tuvo que volar de su lado.
Ella se quedó a cargo del nido evocado
y dentro del pecho una aguda espina.

«Volveré pronto», fue su juramento.
Y ella, que le esperaría toda la vida.
Traía sangrando el alma, adolorida,
y difuso, aturdido el pensamiento.

El tiempo ha volado, los dos distantes.
Pronto renacieron las animosidades,
comenzaron a contarse las verdades.
Supieron que ya nada sería como antes.

Su hogar fue un oasis en el labrantío
con animales domésticos, junto al río.
Tenían tres vástagos y una vida feliz;
pero la ambición le desterró de su país.

Endeudado empeñó la casa y armó viaje,
dejó a los suyos con el corazón herido.
Caminó con paso de castrense, aguerrido,
con su amada y sus retoños en el equipaje.

Pasados quince años volvió con caudal.
La que tanto le amó, ahora le aborrecía.

Los niños le mostraron arisca rebeldía.
Se vio como el más desdichado mortal.

Volvió a armar el viaje, para no volver.
Con un vacío enconado dentro del ser.
En Estados Unidos tenía un antiguo amor,
¡Se había casado cuando él vino a Ecuador!